



DIRECTORA: ANGELA GRASSI

Núm. 40. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Octubre 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION. DE LUJO Ó COMPLETA.		SEGUNDA EDICION. ECONÓMICA.		TERCERA EDICION. ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		CUARTA EDICION. ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		Haciendo la suscripción por medio de los Corresponsales:	
Un año...	30,00 ptas.	Un año...	18,00 ptas.	Un año...	13,00 pesetas.	Madrid: Un mes, 1,75 pesetas.	Madrid: Un mes, 1,50 pesetas.
Seis meses...	15,50 *	Seis meses...	9,50 *	Seis meses...	7,00 *	Provincias: Tres meses, 5,00 id.	Provincias: Tres meses, 4,50 id.
Tres meses...	8,00 *	Tres meses...	5,00 *	Tres meses...	3,50 *		
Un mes...	3,00 *	Un mes...	2,00 *	Un mes...	1,25 *		
PROVINCIAS.		PROVINCIAS.					
Un año...	36,00 ptas.	Un año...	24,00 ptas.				
Seis meses...	18,50 *	Seis meses...	11,50 *				
Tres meses...	9,50 *	Tres meses...	6,00 *				

SUMARIO.

La Caridad, por Doña Carmen Nuñez Rodriguez. — Don Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hévia. — El día de San Silvestre, por Doña Teresa Cort de Roselló. — ¡Llegar tarde! por Carlos Melchor Egozcue. — A la vista del puerto, por Angela Grassi. — Palos de Moguer, por Nicasio Alvarez. — En nuestros paseos, por José María Cuenca y Lucherini. — Explicación del figurin. — Variedades. — Correspondencia. — Charada. — Anuncios.

GRABADOS. — La Caridad. — Plaza del pueblo Palos de Moguer en día de fiesta. — Lord Pelbroke. — A la vista del puerto. — Hércules y Pirene. — Rodaja para sacar patrones.

LA CARIDAD.

I.

Hace cerca de diez y nueve siglos que un hombre predicaba por las ciudades y pueblos del antiguo reino de Judá una ley Nueva.

Turbas inmensas le seguían por doquier, atraídas por el encanto irresistible de su palabra divina.

Porque su voz, grave y melodiosa como una armonía del cielo, penetraba hasta lo profundo de las almas, conmoviéndolas con sensaciones desconocidas, hiriendo sus fibras más ocultas y delicadas, y sembrando en ellas ideas nobles y elevadas, pensamientos puros y sublimes como la doctrina que enseñaba.

Aquel hombre predicaba la Caridad.

Era Cristo, el Legislador divino, el anunciado por los profetas, el Hijo de María, la Virgen bendita de Nazaret.

—Amad, decía con voz vibrante y reposada, amad: no os contentéis con amar á los que os aman: amad también á vuestros enemigos: si alguno os injuriase, perdonadlo, y volved bien por mal al que os aborreciese.

El eco de su voz hace palpar los corazones, como las cuerdas de un arpa pulsadas por diestra mano; y los ánimos quedan suspensos de las palabras de paz y de ternura que de sus lábios brotan.

Y como si un rayo de sol viniera á disipar las tinieblas en que yacían sus almas, los hombres más endurecidos y avezados al crimen se convierten y se hacen sus discípulos, y las mujeres pecadoras le siguen llorosas y arrepentidas.

Y sus prosélitos crecen y se hacen numerosos, como las arenas del desierto, como las estrellas del cielo; porque la nueva idea que El viene á implantar sobre la tierra, ha de sobrevivir á los siglos y ha de llenar el mundo.

Jerusalem la altiva, la que fué señora de Oriente y poco después había de destruir el hijo de Vespasiano, abre sus puertas al divino Jesús, y lo recibe alfombrando de palmas su camino y llenando el viento con sus cantos de Hosanna.

Pero la envidia vela.

La envidia es la rastrera y miserable pasión de los corazones mezquinos.

—¿Qué hacemos con ese hombre? se preguntaban los



LA CARIDAD.

principes de los sacerdotes y los fariseos, á quienes reprendía sus vicios: su palabra y su doctrina tienen una influencia magnética sobre los que lo escuchan: sus secaces se multiplican como las espigas de los campos, y cada día adquiere nuevos parciales; se llama rey, y bien pronto reinará de hecho sobre el pueblo de David, si no atajamos sus inauditas pretensiones.

Entonces prenden al divino Maestro, y empieza el largo y doloroso martirio del Redentor de los hombres.

Pero El ha bajado á la tierra para enseñar la caridad, y practica lo mismo que ha predicado.

Sus verdugos lo maltratan del modo más brutal y violento, y El les devuelve amor por odio: lo escarnecen, y El los perdona.

Mas el vil y soez populacho despliega todo el lujo de la crueldad, agota todo el refinamiento de la barbarie.

El suplicio destinado á los esclavos, á los hombres criminales y sanguinarios, les parece poco para saciar la sed de sangre y exterminio que sus corazones sienten.

Y como hambrientas fieras, como bandada de negros buitres, rodean al Mártir de la Caridad en su lenta y tristísima agonía; y los dictérios más horribles, los sarcasmos más crueles, vienen á herir sus oídos, acreciendo su angustia en tan supremo instante.

¿Qué nuevo suplicio, qué tormento más horroroso podrá inventar la ferocidad humana?

Tiene sed, y aplican hiel y vinagre á sus labios secos y amoratados.

Sus fuerzas lo abandonan al peso de martirio tan prolongado, y se acerca el instante de rendir su espíritu; pero su corazón aún late, y sus últimos latidos son de amor.

Levanta su radiosa frente, do ántes se reflejaban los cielos, y que ahora ciñe la corona de espinas, y su mirada moribunda se dirige al firmamento.

De su pecho se exhala un grito que domina el ronco clamoreo de la multitud.

Por un momento cesan las impías blasfemias del pueblo deicida, y la voz de la Víctima expiatoria se deja oír en medio del silencio.

—Padre! clama con doloroso acento que los espacios repiten. Padre!....

Qué va á decir? ¿Van á exhalar sus labios un grito de venganza? ¿Va á llamar la cólera divina sobre la frente de sus cobardes verdugos?

Ah! no: oídle decir con dulce y doliente voz:

—Perdónalos, porque no saben lo que se hacen.

¡Grito sublime de la caridad más ardiente, inmortal lección del que moría por amor al hombre! Tu recuerdo, al través de los siglos, hace palpar los corazones generosos; y tu ejemplo será en todos los tiempos eterno manantial de bien y de amor, donde vaya á beber la humanidad sedienta.

II.

Caridad! semilla fecunda que un Dios regó con su sangre, y que había de producir el árbol regenerador, á cuya sombra bendita vendrían á sentarse todos los tristes, todos los desgraciados de la tierra.

¡Angel de consolación, que descendiendo de las etéreas mansiones, cruza este valle de amargura, trayendo de Dios la misión santa de consolar al que llora, y llevando en sus manos la aurífera copa donde recoge sus lágrimas, lágrimas preciosas, destinadas á formar más tarde una

corona de perlas que ha de ceñir sus frentes en la inmortalidad!

Caridad! El nombre mágico de esa virtud bendita que resume la doctrina del Crucificado, ¿no hace conmover vuestros corazones, no halla eco en vuestras almas?

—En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os tuviérais amor unos á otros. Si al acostarte, halláras algún sobrante en tu bolsa, ve, llama á la puerta de tu hermano que lo necesita, siembra la caridad y luego reposarás con el sueño del justo.

Estas eran las palabras del que por caridad venció la muerte y abrió las puertas de la vida eterna.

Y los hombres, lejos de escuchar sus consoladoras máximas, cierran los oídos á la compasión, se revisten de la fría coraza del egoísmo, y ven con indiferencia el llanto y el infortunio de sus hermanos, cuando es suyo el deber de aliviarlos, cuando tienen obligación de socorrerlos.

¿Hasta cuándo la humanidad seguirá desconociendo sus deberes y en lucha abierta consigo misma?

¿Hasta cuándo seguirá desoyendo la voz de su conciencia, esa voz del cielo, que se levanta del fondo de las almas, y que incesantemente grita: sé generoso, ama á tu hermano, practica el bien?

Mirad en derredor vuestro y vereis [por todas partes miseria, lágrimas, infortunio; y no, no penseis que las escenas más tristes, que los cuadros más desgarradores y sombríos son los que encontráis á vuestro paso, los que se ostentan por doquiera á la luz del sol: no: la más triste, la más conmovedora desgracia es la que se oculta bajo el velo del pudor, la que no sale á mendigar por las calles y plazas, la que espera, resignada en su retiro, que Dios envíe uno de esos ángeles de bondad que cruzan por el mundo, desempeñando el papel de la Providencia, á que enjague sus lágrimas y mitigue su dolor.

Oh! ¿por qué no penetráis en una de esas moradas oscuras, tristes y húmedas? De seguro vuestro corazón se oprimiría mirando el cuadro desolador que ofrecen.

En un rincón, sobre duro lecho de paja, yace tendido un miserable anciano, víctima de una larga y penosa dolencia, producida quizá por sus continuadas privaciones: dos pobres niños, flacos y desarraigados, miran en silencio con tristes ojos el lecho de su padre; y una mujer, una infeliz mujer, pálida y angustiada, trabaja con afán aprovechando la última luz de la tarde, que se desliza al través de la estrecha ventana del aposento.

La desgraciada mira á intervalos al triste enfermo que exhala de vez en cuando algún gemido ahogado, y sus ojos se llenan de lágrimas al volverlos otras veces hacia los pobres niños, infelices criaturas nacidas para padecer, á quienes ni siquiera fué concedida la ingenua y pura alegría de la primera edad. Flores nacidas en la tétrica noche del dolor, para las que nunca lució el rayo bienhechor del sol de la felicidad.

Y el asiduo y penoso trabajo de aquella pobre madre, después de debilitar sus nervios y fatigar sus ojos, bastará apenas para cubrir sus más imperiosas necesidades.

Hombres de comodidades y placeres, con lo que gastáis acaso en un fútil capricho, habríais para cubrir la desnudez y saciar el hambre de los tristes seres oprimidos bajo la mano de la desgracia: para volver la salud al pobre enfermo; para templar la amargura de aquellos corazones lacerados.

Oh! no cerreis los oídos á la santa, á la bendita compasión.

Acordaos de vuestros hermanos que padecen: acordaos de vuestros hermanos que lloran.

Porque... no lo dudeis, la oración ferviente que eleva á Dios un corazón agradecido, aquella plegaria emanada del fondo del alma y humedecida con el llanto de la gratitud, sube hasta los pies del Eterno, que la acoge propicio y misericordioso.

III.

Reflexionad. ¿No halláis en vuestra memoria el recuerdo bendito de una acción buena, de una obra de caridad que practicásteis? ¿No veis cómo aquel recuerdo halaga vuestro corazón, causándole una sensación dulcísima? ¿No veis cómo perfuma vuestra alma y os hace felices con la íntima satisfacción que los produce?

Pues bien: aquel acto benéfico no fué perdido, no: se escribió por el Ángel de la Guarda en el libro de oro donde escribe vuestras obras buenas; y aquel átomo de bien ha de pesar algún día de un modo favorable en la balanza de la divina justicia.

Hacer el bien es el placer de los corazones grandes: practicar la caridad es lo que más puede asemejarnos al Dios que dió su vida por rescatar á la humanidad.

Pero dónde está la Caridad?

¡Ricos y potentados de la tierra, mientras vosotros go-

záis en medio del lujo y de la abundancia, vuestro hermano en su miserable bohardilla está privado de lo más necesario: la pobre viuda á quien faltó su apoyo, mira en su desolación su aciaga suerte y el abandono de sus hijos: el infeliz anciano en vano espera que la Caridad acuda solícita á mitigar su desgracia; y el triste huérfano, que vaga solo y desnudo por las calles, en vano también pide una limosna en el nombre de Aquel que se dió á sí mismo por salvarnos!

Mientras vosotros gastáis en frívolas diversiones sumas inmensas tal vez, vuestros hermanos no tienen ropas, vuestros hermanos no tienen pan.

Ah! pero también hay en el mundo seres privilegiados, criaturas celestiales, que Dios envía á nuestra esfera para traer la paz y la consolación á este valle de dolores.

Allí donde hay pesares é infortunios, acuden siempre solícitas: donde hay lágrimas [que enjugar, allí se encuentran.

¿Quién no admira, quién no bendice á las Hermanas de la Caridad? A esos ángeles de la tierra que con la abnegación más sublime se constituyen á la cabecera del enfermo, lo cuidan con la más tierna solícitud, consuelan y confortan al infeliz moribundo, vertiendo en su corazón el bálsamo celestial de las máximas de nuestra santa religión; y hacen que muera creyendo y esperando, el que sin ellas moriría desesperado y solo?

¿Quién no admira su heroísmo en un campo de batalla, donde exponen mil veces su vida por salvar la de los infelices heridos?

Ellas son el ángel tutelar del desamparado huérfano: la Providencia de todos los que sufren.

Feliz aquel á quien Dios ha llamado á tan elevada misión: al corazón, que es místico pebete quemado en aras de la divinidad, no perturbarán jamás los dolores ni las miserias del mundo; porque dentro de sí abriga el germen de todas las felicidades y la seguridad de los goces eternos.

¡Dichosa el alma piadosa que cruza como blanca paloma por el cielo del mundo y vuelve con el ramo de oliva victoriosa y con sus alas inmaculadas!

Es un ángel que se lanza á los cielos llevando la palma de la fe en sus manos y sostenido en alas de la esperanza.

IV.

Caridad, flor del cielo que guarda entre su cáliz el bálsamo que cura las heridas del alma, y cuyo aroma divino, exhalando al espacio, va á perfumar el trono del Omnipotente.

Lazo divino, cadena misteriosa que une la tierra con el cielo y al hombre con su Creador.

Virtud sublime, hija predilecta del cielo, soplo vivificante que parte de los labios de un Dios de amor, ven á desterrar el egoísmo de las almas, ven á encender con tu divino fuego los corazones helados: haz que comprendan los mortales la misión santa para que fueron criados, la sagrada obligación que tienen de amar á sus semejantes, y que crucen la senda de la vida haciendo el bien y combatiendo el mal.

Porque, bienaventurados los que lloran: pero bienaventurados, mil veces bienaventurados, los que enjagan sus lágrimas, cumpliendo así los preceptos del Mártir divino de la Caridad cristiana.

CÁRMEN NÚÑEZ RODRIGUEZ.

Ronda.

DON GASPAR BONO SERRANO,

POETA ARCADE.

(Continuación).

XXII.

Como ya hemos indicado, en Junio de 1838 el señor Bono Serrano asistió con sus feligreses al sitio y ocupación de Peñacerrada y castillo de Ulizarra. De resultados de las sangrientas acciones de guerra dadas en Zumeto, Baroja y bosque de Payueta, hubo innumerables heridos y centenares de muertos, tanto del ejército de don Carlos, mandado por D. Juan Antonio Guerguá, como en las huestes de Espartero. Nuestro poeta fué el encargado de enterrar los cadáveres cristinos y carlistas por orden del Teniente Vicario general castrense ya mencionado. También estuvo á fin de año en el breve cerco de Puente de Udalla y fortaleza de Quintana. Desde el valle de Mena salió con ocho batallones y la correspondiente caballería á las órdenes del general D. Manuel de La- tra, en pos de la división carlista del Conde de Negri,

asistiendo y auxiliando á los heridos en Villasuso, Vendejo, Baranda, Saelices y otros puntos en que se hostilizaron encarnizadamente ambas divisiones. «Larga y penosa expedición, en que tantos desgraciados perecieron en la collada de Carmona y puerto de Sanglorio, muriendo helados á causa de un horrible temporal en aquellas aciagas montañas. Bono Serrano cayó en una profunda zanja entre remolinos de nieve y á impulsos del huracán. Mas acudiendo en su auxilio algunos soldados de su batallón (pues todos le querían como á un padre), lograron no sin trabajo salvarle la existencia.» Hemos copiado literalmente las anteriores cláusulas de la breve reseña biográfica del Cisne alcañizano, publicada en 1859 por las escenas contemporáneas que salían á luz en Madrid.

En Abril y Mayo de 1839, es decir, en el sitio de Rmales y Guardamino estuvo D. Gaspar á punto de perecer, por hallarse casualmente muy cerca de unos cajones de pólvora que se inflamaron por descuido de un infeliz artillero, víctima como otros soldados de aquel terrible incendio. Llegó por fin el 31 de Julio de 1839, en que cesó la guerra civil en el Norte, y se firmaron las paces entre los caudillos de los dos ejércitos beligerantes en los Campos de Vergara. El Sr. Bono Serrano se hallaba entonces con su batallón en Gordejuela, pueblo próximo á la invicta Bilbao, donde el poeta contaba no pocos amigos, á quienes había conocido cuando allí estuvo de guarnición. Fué, pues, desde Gordejuela á la capital de Vizcaya, donde, en casa de un respetable eclesiástico, en cuya casa estuvo anteriormente alojado nuestro capellán castrense, se celebró con una agradable y animadísima ponchada la paz de Vergara, con la que cesaba la efusión de sangre española en Cantabria, Vasconia y limítrofes provincias. Pocos poetas celebraron con tanto calor y entusiasmo la terminación de la fratricida lucha como el cantor del Guadalupe. Varias fueron las poesías que publicó entonces con tan plausible motivo. Solo citaremos dos, que, en nuestra opinión, son las mejores, á saber: una epístola familiar, dirigida á su grande amigo el bizarro capitán Barona, describiendo la ponchada de Bilbao, y una oda, que tiene mucha más entonación y fuego que la epístola. He aquí algunos versos de esta:

Después de dos estrofitas que sirven de preámbulo, entrando en materia, dice el vate:

Sabes la tristeza y luto
En que yacía este pueblo
Por la sangre, que aún humea
De sus hijos predilectos.
Mas apenas en Vergara
Cordial abrazo se dieron
Los que entre sí combatían
Con tal encarnizamiento;
La rival de Zaragoza
Perdió de júbilo el seso,
Por la española hidalguía
La guerra extinguida viendo.
Las plazas, las calles todas
Eran continuo hervidero
De niños y de mujeres,
De jóvenes y de viejos.
«La paz», exclamaban todos;
«La paz», repetía el eco,
Y á la paz sonaban vivas,
De labio en labio corriendo.
Las bellas en los balcones
Agitaban sus pañuelos,
Mientras los hombres al aire
Arrojaban los sombreros.
Las campanas publicaban
Con solemne clamoreo
Las apetecidas nuevas
Del fausto acontecimiento.
Con salvas acompañaban
Cien y cien bronces á un tiempo,
Y el Océano sonoro
Aplaudía en ronco acento.
Los fuegos artificiales,
Las lumbradas y conciertos
Alejaron por la noche
De nuestros ojos el sueño.

Después de los anteriores metros, dice que se fué á su tertulia (frecuentada por Barona), donde estaban preparando una ponchada, y continúa:

Era de ver aquel cuadro,
Tan animado y risueño,
Digno de que lo copiara
De Goya el pincel maestro.
En la mesa aparecían
Mil diferentes objetos,

Ponchera, vasos, limones,
Botellas, azúcar, huevos.
Aquí se reía el uno,
El otro estaba en silencio,
Al paso que un saca-muelas
Movía bulla por ciento.
Allí venía Teodora
Con un calderillo nuevo,
Con un cucharón Jacinta,
Rosa y Cecilia con fuego.

Suprimimos algunos versos por no extendernos en demasía, y seguimos copiando:

Por fin la espuma del ponche
Sube cual vapor ligero,
Con aromosa fragancia
Perfumando el aposento.
Nos llenan el vaso á todos,
Y todos nos disponemos
A despacharlo de un sorbo,
Y pedir más por supuesto.
Únicamente las damas
Mostraron encogimiento,
Sin que el delicioso néctar
Inflamara sus deseos.
Mas despues que melindrosas
Con su vaso concluyeron,
La que ménos otro y otro
Recibía á pocos ruegos.
Fíate, amigo Barona,
Fíate del bello sexo,
Y tendrás gato por liebre
Por no seguir mis consejos.

Al hablar de los brindis y bombas, dice el vate:

Teodora con desenfado
Dió la primera el ejemplo,
Demostrando su civismo
Y las galas de su ingenio.
Cecilia, Jacinta y Rosa
También á su vez lucieron
Con una dulce sonrisa,
Que vale más que mil versos.

Este juguete literario termina así:

Amigo, finó la fiesta,
Más no el entusiasmo nuestro,
Que durará inextinguible
Mientras nos dure el aliento.
Razon porque la *asamblea*
Dispuso en formal decreto,
Que á todo individuo ausente
Se comuniquen los sucesos.
Yo como su secretario,
El mandato obedeciendo,
Con mi deber he cumplido
En estos fáciles metros.
Y añado de *proprio motu*
Que con mi romance espero
Llenar la hucha, si logro
Que me lo vean los ciegos.

Otro poemita al mismo asunto, de mucha más importancia y elevación, escribió poco despues el Sr. Bono Serrano. Aludimos á la oda que publicó posteriormente en la segunda edicion de sus poesías, páginas 146 y siguientes. Será preciso dar á conocer á nuestros lectores algunas de sus estrofas, que son veintinueve.

3.^a

Tranquila respiró la madre España,
Y en himnos de contento
Ahogando el grito de implacable saña,
Grato signo de paz desplegó al viento:
Nevado lino, que feliz ondea
Do en caracteres de oro y radiante,
Cual precioso diamante
El nombre augusto de Isabel campea.

4.^a

Día de bendición! dichoso día,
Que en hermanos convierte
A los guerreros que en contienda impía
Se destruían con furor de muerte,
Y el raudal atajó de sangre pura
Que enrojeció los ríos y los mares,
Víctimas á millares
Arrastrando á ignorada sepultura.

5.^a

Al contemplar la deliciosa escena
De júbilo y consuelo,
Su luz el sol acrecentó serena,

Cual si de gala se adornara el cielo:
Con su espléndida pompa y arreboles
Decir queriendo á la asombrada tierra:
"Así intestina guerra
"Terminan combatientes españoles.

6.^a

Guerra, guerra civil! Borre el olvido
Melancólica historia,
Que al corazón aflige estremecido,
De tanto frenesí con la memoria;
Para que en otra edad, feliz ignores;
Raza ilustre de Abarcas y de Cides,
Las ominosas lides,
En que se hostilizaron tus mayores.

8.^a

La enseña de Aragón y de Castilla,
Triunfadora allá en Flandes,
Del mejicano piélago en la orilla,
En la Alpujarra, el Tauro y en los Andes,
Una y otra falange audaz tremola:
Mas en vez de aterrar al extranjero,
En el combate fiero
Se derrama, oh dolor! sangre española.

11.

Ni su amor maternal, ni el flébil ruego
Acalla las pasiones,
Que deboran bastardas con su fuego
A los pueblos más grandes y naciones.
¡Será, será la desunida España,
Como la patria de Sobieski un día,
Que el cielo maldecía,
Víctima y presa de ambición extraña!

12.

"Piedad, Señor! Tu omnipotente mano
"Sosiega los furores
"En que hierve revuelto el Océano
"Al impulso de vientos bramadores.
"Hablad, Señor, y á tu palabra sola,
"Se abrazarán con fraternal caricia,
"La paz y la justicia
"En la feliz Península española.

13.

"Piedad, Señor, piedad!... tu providencia,
"Las centellas apaga
"De irritado volcán, cuya violencia
"Con el incendio y destrucción amaga,
"Como las auras del Abril serenas
"En blando y apacible movimiento,
"Extinguen con su aliento
"Pálida luz, que se vislumbra apenas.

19.

Paz, Jehová pronuncia, y á su acento,
En solemne armonía,
Paz, repitió sonoro el firmamento,
Que á su Hacedor con júbilo aplaudía.
El iris brilla en la azulada esfera
Cual grato heraldo de feliz destino,
Y el decreto divino
Anuncia fausto á la nación ibera.

25.

Retumba el trueno de los roncós bronce,
Que asolación y estrago
Anunciaron horribles hasta entónces,
De sangre á Iberia convirtiendo en lago;
Mas al herir con su estampido el viento,
Ya no gimen las vírgenes y esposas,
Que en salvas fragorosas
El cañón solemniza el juramento.

27.

Cual aurora boreal que resplandece
Allá en la noche oscura,
Entre diáfanas nubes aparece
Llena de magestad y de hermosura,
La Madre de su pueblo, la heroína,
Que humillando en Granada á los infieles,
Eclipsó los laureles,
Trofeo de la Meca y de Medina.

28.

Hoy de nuevo triunfa su memoria
De Vergara en los llanos,
Al recordar sus dotes y alta gloria

Dos falanges de amigos y de hermanos,
Ante la sombra de Isabel primera,
Las opiniones y armas y partidos
En torno reunidos
Ya cobija feliz una bandera, etc.

Terminada la guerra civil en el Norte, se dirigió Espartero con todo su ejército á Zaragoza, para hostilizar las huestes de D. Carlos, que dominaban todavía en el Bajo Aragón, en el Maestrazgo, en varias poblaciones del reino de Valencia, y sobre todo en Cataluña. Con este motivo nuestro poeta tuvo el placer de ver otra vez y saludar el Ebro, de visitar la santa capilla de la Virgen del Pilar, y bajando al suelo natal con su regimiento, abrazar á sus ancianos padres y á sus amigos y deudos.

(Se continuará.)

DOMINGO HÉVIA.

EL DIA DE SAN SILVESTRE.

POR

EMILIO SOUVESTRE.

I.

Al pié de las montañas que separan la Baviera de los estados de Weimar, se encuentra una pequeña ciudad llamada Hoff, que domina una parte de los valles regados por el Mayn. Situada la modesta ciudad lejos de los caminos más transitados, ha conservado sus antiguas costumbres, y se encuentra aún en ella aquella sencillez grave, perdida en parte en el resto de Alemania. Así es que se acostumbra apellidar á Hoff "La vieja tribu."

En ella vivía algunos años ha un extranjero llamado Loffen. Se le creía natural de Bohemia, y en otro tiempo había servido en las filas austriacas, con el grado de mayor. Pero la paz de 1815 le había licenciado, y se dirigió entonces á Hoff con una niña llamada Dorotea, quien fué después una bellísima jóven.

El mayor Loffen era un hombre instruido, valeroso y capaz de hacer cualquier sacrificio. Por desgracia la violencia de su carácter había turbado toda su vida y suspendido sus ascensos en el ejército. La menor contrariedad hacia que se dejara llevar por excesos de cólera, que más tarde deploraba, pero que la vergüenza y el orgullo le impedían confesarlo. Había perdido sucesivamente sus mejores amigos y sus más decididos protectores.

Sin embargo, lo que no pudieron los consejos y las reconvenções, consiguiólo el tiempo. Esa especie de fiebre interior que se deshacía en súbitos arranques de cólera, á pesar de las resoluciones del mayor, fué calmando poquito á poco; la sangre circuló en sus venas con más lentitud; la experiencia hizo que su espíritu no fuese tan ligero en condenar á los otros, y pudo oír sin impaciencia una opinión contraria á la suya.

La paternidad concluyó esta conversión. Cautivado por las gracias infantiles de Dorotea, el león se convirtió en hombre; y el que por espacio de treinta años había resistido á sus amigos y enemigos, vino á ser insensiblemente el esclavo sumiso de una niña.

Loffen no era, pues, la continuación de sí mismo; era sí, un hombre enteramente nuevo. Apenas algunas irritaciones pasajeras recordaban de vez en cuando lo pasado. Era como una amortiguada tormenta, cuyos apagados rumores se oyen solamente á lo lejos.

Por otra parte, un gran cambio se preparaba en la posición del mayor: su hija iba á casarse. Se había desposado con un jóven ingeniero de montes, llamado William Munster, que conoció á su llegada á Hoff, y con el cual había crecido.

El jóven se había encerrado con su suegro, y acababan de arreglarlo todo para esta próxima unión.

—Así queda convenido, dijo rechazando las cuentas que le presentaba Mr. de Loffen, las cuales ni siquiera quiso oír; nosotros tomaremos la casa que está cerca del agua.

—Toda vez que gusta á Dorotea, replicó el mayor.

—A más, estaremos con más comodidad que aquí.

Loffen suspiró.

—Os disgusta esta mudanza? preguntó vivamente William. Ah! si es así, quedémonos.

—No, hijo mío, repuso el viejo soldado poniendo sus manos entre las del ingeniero; yo no echo de ménos esta casa.

—Entonces, por qué suspirais pues? De algunos días á esta parte os veo triste.... Ah! no me ocultéis nada, padre mío! ¿He hecho acaso alguna cosa que haya podido disgustaros?

—No, de ningún modo, hijo mío; pero este casamien-

to, ves, me recuerda tantas cosas!... A más, estoy celoso de tí.

—Qué es lo que decís! exclamó el joven.

—Celoso, repuso sonriendo el mayor, pues vas á ser el objeto predilecto de Dorotea. Oh! no pretendas negarlo! Es muy natural, y estoy muy lejos de quejarme. Pero ves, la costumbre me ha hecho egoísta. Hasta el presente, yo solo habia sido el objeto de los desvelos de mi hija; no tenia nadie más que á mí á quien cuidar y distraer; ahora su tiempo y sus afecciones van á encontrarse divididas; yo no podré tenerla siempre á mi lado, y las horas de soledad me espantan.

—Vuestros temores han sido adivinados por Dorotea, dijo el ingeniero; el otro día me los comunicaba con los ojos arrasados de lágrimas.

—Qué dices! interrumpió Loffen; ah! entonces yo ocultaré mi tristeza: no turbaré la dicha de mi Dorotea. No le hables jamás de cuanto te he dicho, Villiam; es una debilidad de viejo, una locura. ¿No viviré por ventura cerca de vosotros? No os veré acaso todos los días? Esto no son más que nuevas costumbres que tomar; yo las tomaré.

Villiam nada contestó, y hubo un corto silencio. En fin, dirigiendo á hurtadillas una mirada al mayor.

—Había un medio de prevenir el aislamiento que teméis, dijo titubeando.

—Cuál?

—Una persona que os ha sido querida, habita en Egra....

—Basta! basta, Villiam! interrumpió el mayor, levantándose bruscamente; Dorotea ha debido decirlo lo que le contesté respecto á esto. No hay que remover las cenizas de las afecciones destruidas.... No me habéis jamás de esto, Villiam; yo os lo ruego como amigo, y como padre lo exijo.

Munster se inclinó de un modo afligido, y Loffen salió.

La persona que habitaba en Egra y á la cual el ingeniero habia aludido, no era otra que la madre de Dorotea. Casada muy joven con Loffen, á quien amaba en un principio, habia encontrado su dicha en esta union, pero poquito á poco el carácter de Loffen alteró su felicidad. Carlota, activa y susceptible, no habia podido sufrir algunos arrebatos que le parecían injuriosos. Lejos de acomodarse al genio de su marido, le irritaba por su resistencia, reproches y descontento; la indiferencia iba todos los días en aumento, hasta que la frialdad vino á reemplazar á la afección. Entonces cada uno de ellos habia guardado silencio haciendo los sufrimientos en su corazón, y dejándolos agriar el uno por el otro. En fin, el exceso de dolor condujo á violento rompimiento. Carlota partió para Egra, en donde tenia parientes, y Loffen con su hija fué á habitar en Hoff.

Pero la separacion no parecia haber mitigado su irritacion. Sea que la memoria de Carlota le recordaba agravios que le sonrojaban, ó mejor que conservase aún contra ella su resentimiento, evitaba todo lo que podia recordarle á la madre de Dorotea. Su retrato, que habia guardado, fué cubierto con una tela y relegado á un gabinete oscuro; su piano, cerrado con cuidado, estaba medio escondido en el rincón de un cuarto inhabitado; exigió aún que Dorotea estudiase el arpa como si temiera una reminiscencia del pasado. Todas cuantas tentativas habia hecho su hija para combatir esta especie de odio, fueron hasta entonces inútiles; pero era una de aquellas almas á las cuales la bondad da ánimo y que jamás dejan de procurar el bien.

II.

Entretanto el día fijado para el casamiento habia llegado. La bendición nupcial no debia tener lugar hasta despues de media noche en el templo protestante; pero

los amigos y vecinos de Loffen, fueron invitados á reunirse ántes para la cena de boda.

Llegaron al anochecer y fueron recibidos por los novios. Cuando estuvieron reunidos, Loffen quiso dejarles para asegurarse si todas las disposiciones habian sido dadas, mas Dorotea se opuso á ello.

—Perdonad, padre mio, dijo, suspendiéndose de su cuello; pero os prohibo dejarnos.

—Y por qué? preguntó sonriendo el mayor.

—Porque hoy no teneis el derecho de mandar aquí.

—Cómo?

—Yo soy únicamente la dueña.

—Tiene razon, exclamó riendo el consejero Hofman.

—Pero yo no comprendo....

—Hoy es el día de San Silvestre.

—Por el cielo! lo habia olvidado! exclamó Loffen.

—Es el día de San Silvestre! repitieron todas las voces; hoy no sois el amo en vuestra casa, mayor.

Es el día de San Silvestre, que es en toda la Baviera una época de regocijo, se celebra en efecto en Hoff de una manera particular. Una antigua costumbre quiere que el orden establecido en las familias sea trocado en este día, y la autoridad ejercida por los padres pasa en-

Dorotea y él salieron corriendo á su encuentro. El mayor, que estaba sentado cerca de una ventana, se levantó vivamente, se asomó, y... reconoció á Carlota.

Difícil seria explicar lo que á esta vista pasó en el alma de Loffen. Fué por de pronto una mezcla de sorpresa, de turbacion y de cólera; pero este último sentimiento finalizó por apoderarse de su ánimo. Era evidente que todo habia sido preparado entre Dorotea y su madre: esto, sin duda, era una reconciliacion que se proponian hacer, y para lograrlo, se habia contado con su sorpresa, su embarazo, su debilidad tal vez... Esta última idea le indignó. La edad no habia calmado su carácter hasta el punto de que su despecho no pudiera fácilmente trocarse en indignacion. Su primer movimiento fué rechazar á la madre y á la hija, y encerrarse en su habitacion, pero la presencia de los convidados le detuvo.

Estaba en pié en el mismo sitio, examinando aún lo que debia hacer, cuando Carlota, conducida por Villiam y Dorotea, apareció. Al entrar encontró su mirada con la del mayor, y retrocedió.

—Tengo el gusto de presentaros la señora de Nugel, padre mio, dijo Dorotea, sin atreverse á levantar los ojos. Loffen hizo un movimiento.

—Dispensadme que me haya atrevido á... venir... balbuceó Carlota. Antes debia... prevenirlos.

—El Sr. de Loffen no necesita ser avisado para recibir como debe á sus huéspedes, observó Villiam con intencion.

—Yo soy, por otra parte, quien lo ha querido, repuso Dorotea, y tenia derecho á ello...

Su padre le dirigió una severa mirada.

—Hoy es el día de San Silvestre, continuó la joven.

Los convidados fueron aproximándose; el mayor comprendió que debia disimular su despecho. Inclínandose, pues, ligeramente:

—Mi hija tiene razon, señora, dijo con dureza; ella es hoy la soberana en esta casa, y ella sola es quien os recibe.

—Entonces, á la mesa, dijo Villiam.

Cada convidado ofreció el brazo á una señora, y el mayor, que se habia quedado solo con la señora de Nugel, se vió precisado á ofrecerla la mano.

Pero atravesando el salón de música para dirigirse al comedor, vió que todos se habian detenido frente una gran tela recién colgada en la pared; era el retrato, arrinconado hasta entonces en el gabinete oscuro, y que representaba á Carlota con el brillo de la juventud.

—Quién ha colocado ahí ese cuadro? exclamó el mayor, cuyos ojos centelleaban.

—Yo, contestó dulcemente Dorotea.

—Y quién os ha permitido?...

—Nadie, padre mio... Mas hoy es el día de San Silvestre.

—Es muy justo, exclamaron riendo todos los convidados; hoy es San Silvestre.

Loffen se mordió los labios.

—Nada temais, señor, dijo en voz baja la señora de Nugel; este retrato me representa joven, bella, dichosa... ya veis cómo nadie me ha reconocido.

El mayor nada contestó. Pasaron al comedor, y todos se sentaron á la mesa.

Loffen se encontró al lado de la señora de Nugel, á quien Dorotea habia cedido sus funciones, y quien debia hacer los honores de la mesa. El mayor se decidió á evitar un escándalo, pero no á ocultar su descontento; y lo demostraba con tanta afectacion, que se sentia en su interior ménos irritado de lo que habria querido. Hallaba placer en repetirse que era el juguete de un complot arreglado entre Carlota y su hija; en interesar su honor para hacerle inútil y excitar su indignacion; pero una especie de tierna indulgencia le ganaba á su pesar. ¡Era la primera vez que se encontraba paciente y benigno!



PLAZA DEL PUEBLO PALOS DE MOGUER EN DÍA DE FIESTA.

tera á manos de los niños. Es una especie de trasformacion cristiana de las saturnales de Roma, donde los esclavos recobran por algunas horas su libertad y se hacian servir á su vez por sus dueños.

El mayor, que se conformó siempre escrupulosamente con la vieja costumbre, contestó sonriendo á su hija, que le dejaba á ella lo mismo que á Villiam, la direccion de todo.

—Así, dijo Dorotea, quedamos en que os sometéis á las leyes del día de San Silvestre?

—Sin duda, respondió Loffen.

—¿Y os obligáis bajo palabra de honor á aceptar todo el día á vuestros hijos por señores?

—Yo empeño mi palabra de honor; mas, veremos como usareis del poder.

—Nuestros amigos serán jueces, dijo Dorotea, dirigiéndose á los convidados; tendré además una consejera.

—Quién será?

—Una señora que conocí en mi última visita á casa del presidente.

—No me lo habias dicho...

—No, pero ella ha llegado á Hoff esta mañana, la casualidad ha hecho que la encontrara al regresar del templo, y la he invitado.

—Sin prevenirme! dijo admirado el mayor.

—Es el día de San Silvestre, padre mio, objetó Dorotea.

Loffen no pudo reprimir un gesto de descontento.

—¿Podré á lo ménos saber el nombre de esta desconocida? dijo.

—Vedla ahí, interrumpió Villiam.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
Plaza de Prim 11,3.

Decidióse á guardar al ménos un silencio que pudiera atestiguar su disgusto. La señora de Nugel no trató de interrumpirlo; pero el mayor no pudo librarse de sus mudos obsequios. Por más que hiciera, todas sus necesidades eran previstas, todos sus deseos satisfechos; solo los platos y vinos que él prefería le eran ofrecidos, pues Carlota no había olvidado ninguno de sus gustos. En fin, por la vez primera, despues de quince años, halló en derredor suyo ese cuidado experimentado y sin distracciones de la mujer que ha compartido nuestra existencia, y que no puede reemplazar la más tierna hija.

Concluida la cena, pasaron todos al salon de música. Loffen observó entónces que el piano estaba en el salon, lo mismo que el retrato. Estaba abierto y habían colocado á su lado el atril del mayor. La misma Dorotea le trajo su violin, recordándole que había prometido hacerse oír. Loffen dirigió una mirada á la señora de Nugel que se había aproximado al piano, y quiso negarse; pero el consejero Hofman le requirió para que obedeciese, diciéndole que era el día de San Silvestre; fué, pues, preciso ceder.

El trozo elegido por Dorotea era uno de los duos que ántes su padre había tocado muy amenudo con Carlota. Esta recordaba aún las variaciones, y el aire que el mayor daba á este trozo, así es que fué ejecutado con éxito maravilloso. Los que conocían la capacidad de Loffen, no le habían encontrado jamás tanta precision, tanto encanto, tanta fuerza. Habríase dicho que los dos instrumentos se comprendían. Cuando concluyeron, todos los oyentes aplaudieron con trasporte, y el consejero Hofman, dirigiéndose á los dos artistas:



LORD PELBROKE.

tea; pues le recordaba que los más santos lazos pueden romperse; que toda la felicidad soñada por ella y Villiam podía conducir al aislamiento y al odio. El remordimiento oprimió el corazón de Loffen y cuando su hija se levantó teniendo la mano del ingeniero, bajó los ojos para evitar su mirada.

Salieron del templo; los convidados se despidieron, y despues de haber abrazado á los recién casados, regresaron á sus casas.

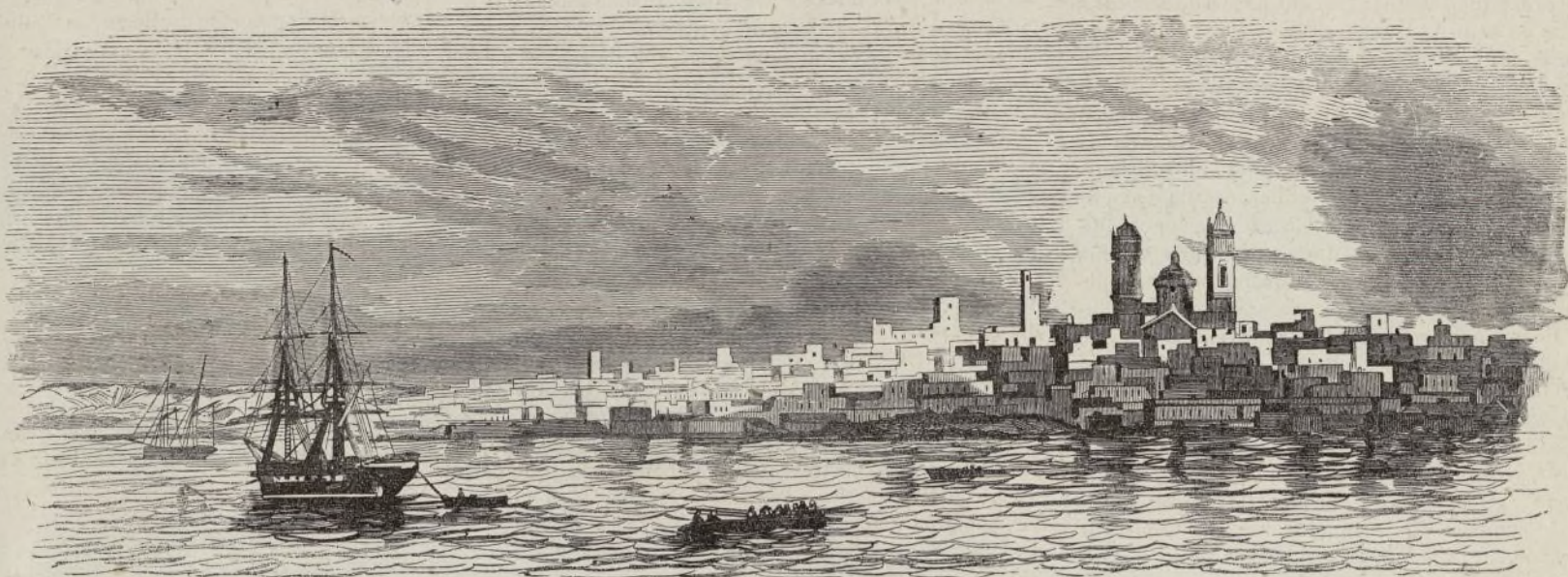
Dorotea había tomado el brazo de su padre, y Villiam ofreció el suyo á la señora de Nugel, y los cuatro se dirigieron á casa de Loffen.

Encontraron aún el salon iluminado, el piano abierto, el violin suspendido del atril, y el retrato que parecía sonreír á estas señales de fiesta.

La señora de Nugel se dirigió entónces hacia Loffen; estaba pálida y su voz temblaba.

—Hé aquí la hora de separarnos, dijo; adios, gracias, señor, por haberme permitido entrar en vuestra casa. No creais sobre todo, que haya pretendido afligiros con mi presencia. Si he venido, es por que no he podido resistir á los ruegos de nuestra hija. He querido, por otra parte, que no se presentara huérfana al altar, y que, á lo ménos en el momento más solemne de su vida, nos encontrásemos á los dos cerca de sí, para bendecirla. Perdonadme, pues, por haberme presentado sin vuestro permiso y haber aprovechado la autoridad de un día concedido á esta niña. El día de San Silvestre ha terminado, señor, vais á ser de nuevo el dueño, y á entrar en posesion del aislamiento que tanto os place.

Volviéndose despues hacia Dorotea y Villiam, y estrechándoles entre sus brazos, les dijo sollozando:



A LA VISTA DEL PUERTO.

—Es preciso que seais una sola alma en dos cuerpos, dijo, para encerrar tanta armonía en la expresion de un mismo sentimiento.

Loffen y la señora de Nugel saludaron con algun embarazo.

—Ah! vosotros habeis nacido para comprenderos; añadió el entusiasta melómano, dándoles un apretón de manos; la música es como una emanacion de los corazones, y tocar con tanta armonía, es casi amarse.

La señora de Nugel se sonrió sonrojándose, y quiso dejar el piano; pero Dorotea le suplicó hiciera oír una de las viejas arias alemanas que ella cantaba con mucha perfeccion. Despues de una corta resistencia, accedió, y comenzó la vieja balada de «La rosa azul.»

A medida que la señora de Nugel cantaba, todos los resentimientos de Loffen parecían apacarse, y una indecible emocion se apoderaba de él. Este canto lo oyó la primera vez que vió á Carlota, y más tarde, en los días de su union, ella se lo había repetido mil veces. La voz de la señora de Nugel obraba en él como la de una hada, y reedificaba el desplomado edificio de su felicidad. Oyéndola, creía ver aún la pequeña casita rodeada de viña que habían habitado cerca de Praga, el jardin con sus calles adornadas de clemátidas y violetas. Se creía rejuvenecido, confiado, alegre.... Era como una evocacion de todo lo que había de tierno y dichoso en su pasado.

Despues de un buen rato que la señora de Nugel había dejado el piano, estaba aún en el mismo sitio, cru-

zados los brazos é inclinada la cabeza. Volvió en sí de su ilusion, por la voz de Villiam que le anunciaba que acababan de dar las doce. Entónces, sin observarlo ya, ofreció el brazo á la señora de Nugel, y se dirigió al templo con todos los convidados.

III.

Hay en el solemne acto que une para siempre á dos seres sobre la tierra, y los destina á vivir el uno para el otro, un carácter religioso que conmueve los corazones; pero para un padre sobre todo, tiene la bendicion nupcial algo de grave y patético. Es como una abdicacion de todos sus derechos al hijo que ha criado, cuya felicidad confía desde entónces á otro.

Las emociones que Loffen acababa de experimentar, le dispusieron muy particularmente para el enternecimiento; así es que, no pudo contener sus lágrimas, cuando oyó al ministro pronunciar la sagrada fórmula que daba su hija á Villiam. Por un movimiento involuntario, sus miradas fueron á buscar las de la señora de Nugel: esta había ocultado el rostro entre sus manos, y sollozaba muy bajo.

Esta igualdad de emociones acabó de disipar todo el sentimiento que podía haber aún en el alma de Loffen.

—Al fin, pensó, es su madre.

Esta idea le enterneció. Su madre!... ¡y estaba allí como una extraña, bajo un nombre supuesto! Su madre!... ¡y su presencia no era una alegría pura y completa para Doro-

te!... ¡Adios, vosotros que aún me amais, y á quienes no veré más! El recuerdo de este día será un consuelo para toda mi vida.... pero vosotros, procurad olvidarlos. Cerrad este piano que no había sido abierto en largo tiempo; cubrid de nuevo este retrato, y todo lo pasado con él, pues el día de San Silvestre ha terminado.

Despues de estas palabras, separóse de los brazos de los recién casados, y, vacilante, se dirigió hacia la puerta; pero el mayor, que acababa de cerrarla, estaba de pida en el umbral, pálido y temblando. Sus ojos se encontraron, y todo un pasado de querellas y de dolor fué perel donado en esta mirada.

—Carlota!... murmuró Loffen abriendo los brazos.

—Luciano!... respondió la señora de Nugel.

Y se arrojó en ellos.

En fin, despues de un prolongado abrazo, el mayor se separó dulcemente, y colocando sus manos en las frentes de Dorotea y Villiam que estaban de rodillas á su lado:

—¡Benditos sean los hijos, dijo con reconocimiento! pues han sido más prudentes que los padres! Continúa siendo la dueña, Dorotea, tú nos has devuelto la felicidad, y quiero que de hoy más sea siempre el día de San Silvestre.

Traducido por

TERESA CORT DE ROSELLÓ.

LLEGAR TARDE!

Abrid el diccionario de la lengua castellana, y entre las innumerables sendas y encrucijadas de vocablos, entre aquellos interminables vericuetos y callejuelas de frases y locuciones, entre todos aquellos bosques poblados de modismos y refranes, ninguna, ninguna frase hallareis de tan siniestra intencion, de tan horrible trascendencia como esta: *Llegar tarde!*

¿Nunca os habeis detenido á considerar siquiera por un breve momento, como quien dice entre sorbo y sorbo de una taza de aromático café, lo terrible, lo fatídico de la frasecilla *llegar tarde!*

A bien que nunca nos acordamos de Santa Bárbara sino cuando truena, y es preciso que la piedra nos dé en la cabeza para que tengamos á la piedra muchísimo respeto. Hé aquí por qué solo se detienen ante el *llegar tarde* los incautos que han sufrido sus rigores, ó los vivarachos de genio, los *muchachos-pólvera* (ó los viejos, que también hay *viejitos-pólvera*); y por qué no comprenderán en su vida la importancia del *llegar* ó no *llegar* tarde aquellos seres, galápagos-hombres, todo hielo, todo pesadez, todo gordura y cachaza.

Ya sé que muchos han pretendido con la autoridad de doctores en la materia, que no hay modismo tan horrible, tan elocuentemente horrible como el de *no tener!* Yo comprendo que si á la pronunciación de esas dos inocentes palabritas acompaña el trágico ademán de echarse inútilmente la mano al bolsillo del chaleco (ó de otra cualquier prenda), se encuentra dolorosamente interesante la tal frasecilla, ni más ni menos que una no despreciable dosis de rejalgar. ¿Pero quién me niega á mí que el *no tener* es como si dijéramos un corolario, una consecuencia del *llegar tarde*, y que, por consiguiente, todo lo horrible y fatídico que tiene es derivación del *llegar tarde!* Luego si esta frase es madre de aquella, como lo es sin duda alguna, ¿por qué hemos de achacar á la hija los pecados de la madre? Cosa es esta que no se escapa á la aguda vista (no siempre ha de ser *simple*) de ninguno. Y si no, vayan un par de ejemplillos: Suponed que un *quidam* va á casarse con una *quodam*, con quien lleva ya la enormidad de diez días de relaciones, y que la tal le lleva el modesto dote de setenta mil duros sin suagra; ganga piramidal para un gacetillero ó poeta de guardarropía. Pues bien, de la noche á la mañana, por un quitame esas pajas ó dos dimes y diretes, tiene una pequeña distracción el amartelado galán, y un imberbe cadetillo le deja como el gallo de Moron... cacareando y sin pluma: es decir, *ha llegado tarde!* la posada se alquiló! Comprendeis la desesperación de este pobretel! Aún hay más: Un ciudadano circunspecto, grave (diez arrobas de peso), y algo cachazudo, recibe la inesperada noticia de que se le muere aquí en Madrid ó en Móstoles un tío millonario, y es precisa su presencia á la cabecera del moribundo *por lo que pueda ocurrir*. Oh dolor! digo, ¡oh contento! Corriendo, á la estación! á ver, muchacha, ese baul... ya está!... la cédula de vecindad... ya está! á ver, la merienda... ya está!... ¿no hay por ahí un coche? mira bien! ninguno! pues vamos corriendo!... uf que pesadez! qué calor! cuánta gente! las diez menos cuarto! si no puedo correr más! si estoy hoy más grueso que de costumbre! quién pesara lo que una pluma para llegar con el viento! Pronto! pronto! ya silba la locomotora... eh! aguarde usted maquinista, que falto yo... ya se ha marchado! ¡Maldita sea mi bárbara gordura, por siempre jamás amen! Y no haber siquiera un coche! ah! *he llegado tarde*... Vamos á ver, lectores, ¿no tiene razón este caballero para arrancarse las melenas, y aún para borrar del diccionario el malvado *llegar tarde!* Llegó cuando el tío había espirado haciendo testamento en favor del ama de llaves. Pero hay mas. Un aficionado á la lotería va á una administración; antes de entrar enciende á la puerta su inseparable cigarro; en el entretanto, otro prójimo entra, toma su billete, y se larga con viento fresco; nuestro hombre entra despues, y recibe el suyo número 6.430, por ejemplo, ¡y le caen los seis millones, ó sea el premio gordo de navidad al 6.429! es decir, al anterior, al que se ha llevado el prójimo que entró mientras él encendía su inseparable cigarro! ¡El quizá no sabe que *ha llegado tarde!* mejor para él, pero ¡deja por eso de comprenderlo, y sobre todo de desesperarse menos! ¡Oh, *llegar tarde, llegar tarde*, cuántas infamias cometes! ¡Habremos de poner coto á tus demasías!

¿Pero á qué me esfuerzo en probar su malevolencia en estos tiempos en que domina por completo su maléfico influjo? ¡Cuántas veces no ha sucedido que un pobre hombre sube jadeante, anheloso, fatigado, las escaleras de uno ú otro gobierno civil, de uno ú otro Ministerio, en busca de una barrita de turron, y llega y expone su petición humilde con doliente voz, pero... *ha llegado tarde!* ¡Quizás aquel mastuerzo con quien se ha dado un

tropezon de *primísimo* al subir las escaleras, ha sido el agraciado, el que tal vez se ha *incautado* de su barra de guirlache!

Vamos, convenid conmigo en que el *llegar tarde* es el *non plus* de lo horrible, de lo estupidamente horrible, es el mayor de los trabajos; es, en fin, el papá del *no tener*.

Confesad también que al infeliz que sufre el sangriento, el bárbaro ultraje de ser herido por el *llegar tarde*, no le queda más consuelo, ni otro desquite, que una escarpia y cuatro varas de cordel, ó un revólver de seis tiros... ¡uff! ¡tate! que con esa bestialidad llenaría la copa, la medida de bestialidades que cometiera en este pícaro mundo vejancon, y la clemencia de Dios estaría ya agotada, y *llegaría*, por consiguiente, *tarde* para con la clemencia de Dios!

Te convences lectora ó lector del alma? ¡Hasta más allá de este mundo llega el ominoso dominio del *llegar tarde!* Lo tendrás presente todavía? ¡Vacilarás en detenerte á examinarlo y en huir de él con toda escrupulosidad? Pero no, no quiero aconsejarte; haz lo que tengas por más conveniente, no sea que esté ya apurada tu paciencia y... ¡horror! *llegue tarde* para darte gusto tu muy humilde seguro servidor.

CARLOS MELCHOR EGOZCUE.

PALOS DE MOGUER.

Hay en la costa de Andalucía, ya cerca de la raya de Portugal, una villa de corta población, aunque bellísimamente situada, que se llama Palos de Moguer, y que es célebre en la historia porque de allí salieron las tres caravelas con que se arrojó Colón á cruzar desconocidos mares en demanda de un nuevo mundo.

Son sus habitantes honrados y pacíficos, si bien como todos los meridionales, se exaltan con suma facilidad, y casi siempre sus fiestas suelen terminar como se dice vulgarmente *á palos*, que es lo que representa nuestro grabado. Algunos maliciosos pretenden que de esto se deriva su nombre.

Palos tiene un espacioso canal, y su término se halla también regado por las aguas del río Tinto, que baja de las minas de su nombre, y que convierte en un verdadero jardín sus alrededores, sembrados de quintas deliciosas. En medio del pueblo, sobre un cerro, había un castillo muy fuerte, y otros dos más pequeños, uno al E. y otro al N., dominando el río que baja de Moguer, lo cual revela su antigua importancia. La Arenilla es la primera de las torres de Castilla que siguen toda la playa del mismo nombre hasta llegar á Sanlúcar de Barrameda, en donde desemboca el Guadalquivir, y la Umbria la primera de las que guarnecen la costa de Portugal.

Las cercanías de Palos abundan en madera de pino, que sirve para la construcción de embarcaciones, que se hacen continuamente en la villa de Huelva, y en viñedos, que producen un vino delicioso y muy estimado en el extranjero.

NICASIO ALVAREZ.

A LA VISTA DEL PUERTO.

¿Quién no conoce la interesante y triste historia de lord Pelbroke, protagonista de una causa célebre que tuvo el privilegio de llamar consecutivamente la atención por espacio de mucho tiempo en esa inmensa babel que se llama Londres, y en cuyo incesante flujo y reflujo de pasiones, los sucesos más graves y trascendentales pasan con la rapidez que pasan y se borran las imágenes sobre la faz límpida de un espejo?

Sir Jorje era hijo segundo de lord Pelbroke, uno de los nombres más ilustres y respetados de la vieja Escocia.

El antiguo castillo en donde se había deslizado su infancia, estaba situado á orillas de un lago de ondas puras y apacibles, rodeado de árboles gigantescos, de follaje oscuro. Apoyábase por atrás sobre peñascos escalonados, que subían á perderse entre las nubes, y solo turbaban el silencio de aquel lugar apartado, la música discordante de los patos y cercetas habitadores del lago, y la de las aves de rapiña ocultas en las concavidades de las peñas.

Jorje, de una naturaleza poética y delicada, en armonía con aquellos poéticos lugares, era tímido, soñador, melancólico. Gustábase la soledad, y prefería el trato de los humildes al de los nobles necios y orgullosos que frecuentaban su castillo. Ofrecía su carácter inmenso contraste con el de su hermano mayor, Arturo, vivo, petulante, hablador y decidido. Merced á estas cualidades deslumbradoras, era preferido por sus padres, que adoraban en él, y por cuantas personas frívolas los rodeaban.

Las alabanzas de Jorje solo las formulaban en voz baja los pobres, á quienes socorría con la verdadera caridad cristiana rodeada de misterios, los alados pajarillos y las flores perfumadas.

No lejos de su castillo, al otro extremo del valle, alzá-

base otro castillo, en donde habitaba lord Erie con su hija única, otra criatura verdaderamente poética, blanca, pálida y melancólica como Jorje.

Desde su más tierna edad, Lucía, que así se llamaba la joven, estaba destinada por esposa á Arturo, y aun cuando apenas contaba cinco años, por sellar una sincera reconciliación entre ambas familias, se habían celebrado sus esponsales.

Pero ay! que Jorje también la amaba desde niño; ay! que Lucía, si bien contenida por el deber y sometida á la voluntad de su padre, le correspondía con una ternura inmensa. Si ambos jóvenes se comprendieron alguna vez, lucharon valerosamente contra su pasión, y lograron reducir al silencio. Jamás se habían dicho que se amaban.

El día de la boda estaba próximo. Arturo había ido á Londres hacia algún tiempo con objeto de presentarse al soberano; pero cuando sus padres le esperaban impacientes, llegaron al castillo en su lugar tristes y desconsoladoras nuevas.

Arturo se había entregado á los placeres, y al salir de una orgía ébrio y fuera de sí, había dado muerte á un alto personaje, individuo de la real familia. El moribundo, antes de espirar, había nombrado á lord Pelbroke. En su consecuencia habían llevado á este al banquillo de los acusados, y no se sabía si el soberano conmutaría la pena de muerte en la de un perpetuo destierro.

Jorje vió la desolación de su familia y la del padre de Lucía, y tomó una determinación repentina. Envió á la joven un ramo de pensamientos, poniendo en su centro un billete que contenía estas solas palabras: "Os amo, y el amor es sinónimo de sacrificio. Voy á devolveros el esposo, y á mis padres su hijo predilecto."

Corrió á Londres, se presentó á los tribunales, se acusó á sí mismo de ser el asesino, aduciendo como prueba el nombre ilustre que llevaba, y conmutada la pena de muerte en la de perpetuo destierro, se embarcó para la India, consagrando allí su vida á la caridad y al estudio.

No habiendo querido importunar á su familia con el espectáculo de su desventura, la ocultó su residencia, pasando por infinitas penalidades, y careciendo á veces hasta de pan que llevar á sus labios y de techo para cobijarse. Por fin logró fundar un colegio de enseñanza, que se acreditó muy en breve, y con los productos del colegio un asilo para los ancianos y los niños. Su nombre era bendecido y venerado.

Pasaron los años.

Jorje vivía, si no feliz, á lo ménos tranquilo, con la conciencia de haber hecho la felicidad de los seres queridos de su alma, cuando un día se presentó á su puerta un extranjero.

Traía una cajita de palo de rosa, dentro de la cual reposaba el ramito de pensamientos que había dado á Lucía en otro tiempo, y una carta de la misma Lucía, en que le daba extrañas nuevas.

Sus padres habían muerto, su hermano Arturo, despues de su casamiento, había trasladado su residencia á Londres, y con objeto de acallar sus remordimientos por haber dejado condenar á Jorje en lugar suyo, se había entregado por completo á los placeres tumultuosos.

Herido de muerte en un desafío, había querido dar ántes de espirar un público testimonio de la inocencia de su hermano.

Lucía estaba viuda y le amaba; su sentencia estaba anulada, y en lugar del vilipendio, en Inglaterra se alzaban entusiastas voces de alabanza por el heroísmo de su conducta.

¿Jorje no podía comprender cómo no espiraba de júbilo al leer estos adorados renglones!

Escribió á Lucía una carta regada con sus lágrimas, manifestándole los apasionados sentimientos de su alma, y fijándole el día de su regreso.

Lucía este afortunado día.

Lucía, acompañada de sus amigos, corrió loca de placer á la playa, vió asomarse á lo lejos como una blanca nube la nave que la traía á su adorado, vióla acercarse blandamente, meciéndose sobre las tranquilas olas. Pero ay! de pronto el sol se oscureció, las olas se encrespaban, silbaron los vientos enfurecidos, y la nave hecha pedazos, cubrió el mar con sus despojos. Las barcas que habían volado á su socorro, solo lograron traer á Lucía el inanimado cadáver de Jorje, que había naufragado á la vista del puerto! La infeliz no tardó mucho tiempo en sucumbir á su pena, ordenando que la enterrasen en la misma tumba en donde reposaba su adorado.

¿Será que el heroísmo y la virtud no encuentran recompensa en este mundo? Ah, nó! es que Dios quiso que aquellas almas privilegiadas arribasen juntas á otro puerto mejor, en donde gozasen eternamente de las palmas conquistadas con sus lágrimas!

ANGELA GRASSI.



Una enfermedad de su autor, nos impidió continuar á su tiempo este bellissimo trabajo literario, que tanto agradó á nuestras inteligentes suscriptoras; hoy, ya restablecido, se propone terminarlo, y nosotros acojemos con júbilo su promesa, seguros de complacer con esto á las señoras amantes de la literatura, y que con tanto esmero conservan las colecciones de su periódico favorito.

EN NUESTROS PASEOS (1).

(Continuacion.)

María le miró algun tiempo á través de los árboles.

Goliath habia envejecido mucho.

Debajo del sombrero le asomaban cabellos blancos; el bigote blanqueaba tambien, y de la famosa imperial solo quedaban muy pocos restos.

El cuerpo habia engruesado demasiado, y en el rostro se marcaban profundas arrugas.

Triste, meditabundo, manifestando una alma ya abatida y sin esperanza, trazaba círculos y letras en la arena del camino con el extremo de su baston.

Ay Dolores mia! siento decirte. Al ver aquel profundo abatimiento de Goliath, al contemplar su tristeza y los pesares y decepciones que se marcaban en aquel rostro tan fiero y arrogante en otro tiempo, María se creyó vengada y su corazon latió satisfecho.

—¡Tambien él ha envejecido; tambien en su semblante hay huellas de angustias y pesares! murmuró. No es solo mi rostro el que se ha marchitado; el suyo está tambien surcado de arrugas. No debe ser feliz.

Y sintió cierta secreta complacencia.

—¡Yo tampoco lo soy, añadió.... Y podíamos haberlo sido!.... La casualidad nos juntó; su discolo carácter nos ha separado para siempre.

Y se creyó dichosa algunos momentos solo por que aquel que tanto la habia ofendido despreciando su amor y su constancia, parecia desgraciado.

Dice San Francisco de Sales, que un cuarto de hora despues que nosotros, muere el amor propio.

María, á pesar de todo, se creía ultrajada en su amor propio, y le agradaba ver el sufrimiento del que no habia sabido comprenderla.

María, despues de su contemplacion, se adelantó algunos pasos.

El ruido que hizo su traje al rozar contra los árboles sacó á Goliath de su meditacion, y levantó la cabeza.

Sus miradas se cruzaron con las de María, contemplándose los dos en silencio algunos momentos.

No recuerdo en este instante, Dolores mia, quién ha dicho que hay silencios más elocuentes que el más acabado y sábio discurso; pero sí te diré que en este breve silencio de María y Goliath hubo toda una historia pasada en muchos años.

Se vieron jóvenes, bellos, llenos de vida y lozanía, pasearse debajo de aquellos árboles que las primeras brisas del otoño comenzaban á deshojar, hablando de su amor, formando proyectos para el porvenir; se encontraban ahora abatidos, sin ilusiones, marchito el rostro, sin esperanza el alma, casi encorvado el cuerpo.

Qué habian de decirse!

Los dos se encontraron muy cambiados, y el mejor partido que podian elegir, fué el que tomaron.

Hablar poco.

La entrevista fué muy corta. Se separaron sin emocion alguna por parte de María, con gran sentimiento por parte de Goliath.

Aquel coloso sufria ahora todo el daño que habia causado á María, pero no habia remedio; estaba ligado á otra mujer eternamente.

Ya nos los encontraremos y tendremos ocasion de hablar de ellos. Las montañas son las que no se encuentran nunca unas con otras.

—Vamos por este bello camino, Dolores. ¡Qué alameda tan frondosa! No sé cómo pueda agradar otro paseo. El Retiro debia ser sagrado para todos los madrileños, sin distincion de clases ni de fortunas. Aquí no hay árbol, ni arbusto, ni flor, que no nos conozca por nuestros nombres y no esté enterado de nuestras vidas, de nuestras costumbres. Nos ven pasar á todos risueños, alegres, subiendo con el paso firme y la cabeza altiva, la florida

colina de la juventud. Nos ven orgullosos, satisfechos, disfrutando del imperio del poder, del talento, de la fortuna, y nos ven tambien pasar bajo sus frondosas arboledas envueltos en el austero manto de la edad madura, cuando cansados de las raras y breves felicidades de la vida, venimos á leer en el tronco de sus árboles nombres ha largo tiempo olvidados y á buscar en la arena de sus calles huellas ha muchos años borradas.

Y no solo nos conocen á nosotros; han conocido tambien á nuestros padres, á nuestros abuelos y conocerán á nuestros hijos, que á su vez vendrán á confiarles sus alegrías de niños, sus amores y sus ambiciones de jóvenes, sus penas y sus decepciones de ancianos.

Estas alamedas han dado sombra á la ciencia, á la poesia, á la política, á los castos amores, á la primavera de la vida, á la tranquila vejez; han cobijado bajo sus frondosas enramadas y han escuchado las mejores producciones de Lope de Vega, Calderon, Tirso, Moreto, Alarcon, Solís y Rojas cuando, abandonando los corrales de la calle del Sol y del Príncipe, vinieron al Buen Retiro á representar sus comedias.

Pero así hablando, hablando de los árboles y los arbores, no te cuento el extraño episodio que ha sucedido á aquel amigo nuestro que cruzaba hace poco por delante del Observatorio, Rafael de Guzman; ya te acordarás que tenia el carácter tan fantástico y apasionado.

Era á principios de la primavera.

Los rayos del sol, introduciéndose atrevidos por las rendijas del balcon de la estancia de Rafael, situada en una magnífica casa de la calle de Alcalá, anunciaban alegremente que la naturaleza habia vuelto á la vida.

Rafael estaba enfermo; es decir, creia estarlo, y el médico que le cuidaba, que comprendia perfectamente la enfermedad que le aquejaba, le habia mandado á viajar.

En cuanto vió Rafael aquella sonrisa del dios Febo que venia á visitarle, se levantó presuroso de su lecho y se asomó al balcon.

—Buen tiempo, exclamó, contemplando la gente que pasaba dirigiéndose á la Fuente Castellana y al Retiro; buen tiempo, no lo puedo desear mejor para poner en práctica la receta de mi médico. Vamos, fuera pereza; antes de ocho dias quiero estar ya viajando. Es preciso hacer algo para destruir este hastío de la vida que me devora; yo creo que todo será inútil; mi enfermedad no tiene remedio, es mortal. Los que debemos morir jóvenes—lo he leído en muchos libros—tenemos de antemano el presentimiento de nuestro próximo fin. Yo tengo ese presentimiento. Todo me causa tristeza, no encuentro en nada placer, conozco que pronto debo morir, no hay remedio. Pero no quiero que digan que no luché por vivir. Me han mandado viajar y obedeceré.

Rafael contaba entonces veinte Abriles ó Mayos—lo dejo á tu eleccion, Dolores—pero la época en que pasa esta historia era aquella en que, ya te acordarás, estaba en todo su apogeo la moda de hastiarse de la vida á los veinte años.

Ocho dias despues de haber hecho Rafael en el balcon de su casa las reflexiones que ya te he dicho, estaba caminando para Italia.

La naturaleza se habia adornado ya con su espléndido manto verde bordado de flores, y el sol, anunciando el calor de la próxima estacion, iluminaba la tierra con una claridad deslumbradora.

Todo reia y cantaba, todo parecia volver á la vida naturaleza, flores y sol.

Rafael cruzó la Francia sin detenerse [ni siquiera un dia en ninguna de las poblaciones más ó menos importantes por donde pasaba. Francia le parecia entonces demasiado prosaica; solo queria respirar el aura perfumada de la poética Italia; solo queria ver la tierra donde florece el mirto, donde la rosa no se marchita nunca, donde el sol no se enfria jamás, segun dicen en las novelas.

El verano lo pasó en Venecia suspirando, lo menos seis de las veinticuatro horas del dia, delante de las ventanas del palacio de Desdémona. Lloraba las desventuras de aquella esposa desgraciada, al mismo tiempo que sentia cierta secreta admiracion hácia el terrible furor del impetuoso africano.

Comprendia que el amor del moro era un amor un poco bárbaro, pero no hay grandes amores sin celos.

Ya te oigo decir que para tener el fin de Desdémona, mejor es quedarse sin ser amada; pero todo va en gustos. Prosigo con Rafael.

A principios de Setiembre abandonó el Véneto y se marchó al Lago-Mayor á pasar el Otoño.

Mucho habia oído hablar de las bellezas de este oasis, pero se quedó extasiado al contemplar lo que no es posible describir.

Islas deliciosas, valles encantadores, poéticas mansiones de esbelta forma que salen de en medio de bosques de arbustos y flores como viviendas de hadas benéficas, bañadas por el Ticino, *Ticinus* que nace en Suiza y va á morir en el Pó, cerca de Pavia, donde Carlos V el emperador, nuestro gran monarca, hizo prisionero á Francisco I de Francia en aquella célebre batalla donde el rey francés, el galante caballero, todo lo perdió menos el honor.

¡Qué cosa tan extraña sentia Rafael en el corazon al contemplar aquella magnificencia de la naturaleza!

Ya estaba casi completamente restablecido, pero como dirian Cubi ó Gall, el órgano de la impresionabilidad se le habia desarrollado de una manera prodigiosa; habia tomado forma gigantesca.

Todo le causaba profunda sensacion; la brisa que acariciaba su rostro, el arroyuelo que murmuraba, el ruiseñor que por la noche cantaba sus endechas oculto entre los laureles rosas, á la alondra que saludaba la llegada de la aurora, meciéndose indolente entre las ramas de las gigantescas magnolias, la luna en cualquiera de las fases en que se hallara.

Rafael sentia siempre una cosa extraña en el corazon, una ansiedad inexplicable, melancolía, angustia, abandono, ternura.

En Sexto Calende, Arona, Baveno, las tres islas Borromeos, tres canastillas de flores de incomparable hermosura, Bella, Pescatori y Madre, en toda la orilla del Lago—*Verbanus lacus*—que decian los antiguos que se extiende entre la Italia que acaba y los Alpes que comienzan, no quedó flor, ni arbusto, ni árbol, ni colina, ni valle delante del cual no suspirara acongojado sin saber por qué.

No era seguramente el recuerdo de la gran batalla, de la terrible derrota que sufrió Scipion en las orillas de este Lago, allá por los años 218, antes de la era Cristiana, segun se lee en las historias, quedando triunfante y vencedor el gran Annibal, su enemigo, lo que hacia suspirar y tenia triste á nuestro buen Rafael; no: debia de ser otra cosa.

Una noche que volvia á Arona, donde tenia su posada, despues de haber pasado el dia discurriendo por los alrededores, se extravió.

La noche estaba ya muy cerrada, el cielo cargado de espesas nubes, y de cuando en cuando el relámpago brillaba y el trueno le seguia muy cercano.

El ambiente sofocante y el silencio solemne de la naturaleza presagiaban una gran tempestad, y Rafael juzgó oportuno buscar un guia que lo acompañase hasta Arona ó un albergue donde pasar la noche á cubierto.

Apresuró el paso, y sin duda alguna el genio de la noche ó alguna buena y caritativa hada oyeron sus plegarias y le depararon al punto una quinta de bella apariencia, á la cual se dirigió sin vacilar, por que comenzaba á llover.

Cruzó una ancha calle de altos y corpulentos olmos, sobre cuyas hojas caia el agua produciendo un sonido tan mágico que Rafael creyó oír una armonía celestial, y se habria estado escuchándola extasiado toda la noche si el temor de mojarse hasta los huesos y coger un reuma de pecho no se lo hubiera impedido.

Andando, andando, llegó delante de una gran puerta de hierro que cerraba la verja de un pequeño jardin por medio del cual habia que pasar para llegar á la casa.

Buscó el cordon de la campana, y llamó.

(Se continuará.)

JOSÉ MARÍA CUENCA.

Explicacion del Figurin 1096.

FIG. 1.ª—Traje de paseo, de faja color maíz y azul fuerte. —El delantero se compone de un volante tableado azul muy ancho, y encima un bullonado y un plegado maíz, alternando con dos bieses azules. Cuerpo abierto en forma de chaleco, ribeteado de azul, y túnica-estola graciosamente recogida en los costados por una pata maíz, adornada de pasamanería tambien maíz. Sombrero adornado con azul y flores; camiseta y mangas de encaje.

FIG. 2.ª—Traje para joven.—Este lindísimo traje que hemos visto ostentar á la hija de los condes de C., en las orillas del Lago Mayor, puede lucirse en el teatro y los salones, siendo recomendable por su misma elegante sencillez. Está formado de cintas de raso malva y entredoses de tul, y guarnecido con puntillas blancas y lazos de raso malva. Sombrero adornado de terciopelo negro y flores del campo.

(1) Véanse las páginas 260, 276, 291, 307 y 323 del año 1874.



HÉRCULES Y PIRENE.

La mitología con sus fábulas envuelve á la adusta moral con espléndidos velos, que la presentan á la vista tan bella y poética como es bello y poético el cielo de la Grecia en donde tuvo origen.

Hércules es á la vez la personificación de la fuerza, del trabajo y los magnánimos y generosos sentimientos, pues ya libra á la tierra de monstruos informes, ya castiga á los ladrones y criminales, ya enseña al labrador á cultivar la tierra, ó ayuda á Atlante á soportar el peso de la bóveda del cielo.

Pero al lado del héroe invencible, se ve á la mujer débil, tímida, impotente, pero avasallándole por medio de la fuerza moral y el misterioso influjo concedido por la Divinidad á la compañera inseparable del hombre, á la mitad de ese sublime todo, que es la obra maestra del Creador omnipotente.

Hércules, que acometía tan extraordinarias empresas, fué sin embargo el esclavo de la poética Onfale, que lo redujo á vestirse de mujer y á manejar á su lado la rueca, y su muerte fué debida á la venganza de su esposa Dejanira, celosa de la joven Yole.

El que no había temido descender á los infiernos para arrancar de sus tenebrosos antros á Teseo, ni combatir y vencer al dragon que guardaba el jardín de las Espérides, para recoger las manzanas de oro, se doblegó sin embargo al imperio de sus diversas mujeres, recibiendo de las unas las altas y nobles inspiraciones, y de las otras las malévolas ideas que esterilizaban y afeaban en parte sus grandiosos hechos.

Supuesto que Dios nos ha concedido el bello privilegio de modelar á nuestra imagen el alma de nuestro altivo compañero, imitemos á la tierna Pyrene, que con su amor y abnegación endulzó la vida del héroe, y no á la altiva Dejanira, que enviando á su esposo la túnica teñida con la sangre del Centauro, privó á la humanidad de uno de sus más generosos bienhechores.

COLEGIO DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO.

Conociendo de cuánta trascendencia es la educación de las niñas para el porvenir de la familia y la sociedad, lamentábamos no ha mucho que los padres se viesen obligados á llevar sus hijas al extranjero, si querían que tuviesen una instrucción sólida, en armonía con las exigencias del siglo.

Hoy, por fortuna, no es así, y el colegio de nuestra señora de Loreto, merced al celo infatigable y al sano criterio de su Administrador, D. Benito Isbert, que durante sus viajes ha estudiado los métodos de enseñanza más recientes, viene á suplir con creces aquella falta, pudiendo asegurarse, que tanto bajo el punto de vista moral, religioso é instructivo, como por lo que respecta al buen orden, higiene y economía, es imposible encontrar otro colegio que responda mejor á la idea de los padres ilustrados y celosos al mismo tiempo de la salud de sus hijas.

Y no son solo las mejoras realizadas ya por el digno administrador, las que merecen nuestros plácemes, sino las que prepara con una fe y una abnegación sin límites, dignas de todo encomio.

Aconsejamos, por lo tanto, á los padres que deseen educar convenientemente á sus hijas, que las hagan ingresar en este colegio, visitándole antes por sí mismos para cerciorarse de las ventajas prácticas que ofrece y de que son verídicos nuestros elogios.

Las niñas son plantas delicadas, que, al par que el cultivo, necesitan los rayos del sol y los besos de la brisa para crecer y desarrollarse. La educación completamente paternal que reciben en el mencionado colegio, es lo que le hace más recomendable.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Hé aquí el modo cómo el célebre Baron Brisse, tan competente en materias culinarias, aconseja que se condimenten los pájaros, particularmente los llamados hortelanos.

Se quita el buche, sin arrancar la cabeza, la cual se introduce en su lugar en el estómago, se preparan, y después de espolvoreados con un poco de sal, se envuelven cada uno por separado, en un cuadradito de papel untado con manteca muy fresca.

Luego se colocan por medias docenas en otro papel grande, también untado de manteca, se envuelven bien, y se meten entre la ceniza muy caliente. Al cabo de un cuarto de hora se retiran, se rompe el primer papel, y se sirven envueltos en el otro papel, en donde han cocido en su propia esencia, sin perder su forma y aspecto primitivo, y ganando en cambio con los reflejos dorados que les comunica la lumbre.

**

SALSA HOLANDESA.

Se ponen en un perol 125 gramos de manteca fina, tres yemas de huevo, sal blanca y una cucharadita de vinagre; se calienta el todo en el baño-maría, removiéndolo con una cuchara de madera, hasta que espese, y en el momento de servirla, se la añade un poco de zumo de limón.

También es muy sabrosa la siguiente: Se ponen en una cacerola 100 gramos de manteca fina y una cucharada de harina, de modo que forme una pasta, á la cual se van incorporando una á una cinco yemas y luego un



HÉRCULES Y PIRENE.

poco de zumo de limón, sal, pimienta y nuez moscada. Del esmero con que se hace esta mezcla depende el resultado. Entonces se le añade un vaso de agua, se revuelve con el todo, y se pone al fuego. Cuando empieza á espesar la salsa, se retira la cacerola á un ángulo de la hornilla, se continúa batiendo hasta que la salsa quede bien líquida y se pasa á poner la misma cacerola en el baño-maría. Cuando se sirve se le añaden otros 100 gramos de manteca, batiéndola de nuevo, hasta que quede perfectamente desleída.

CORRESPONDENCIA.

C. L.—No se puede llamar verdaderamente elegantes á aquellas señoras que llevan trajes, abrigos y sombreros de última moda, porque la verdadera elegancia la constituye la armonía y buen gusto de todos los accesorios. Así pues, la aconsejo á V., ya que tiene la bondad de consultarme sobre el modo de distribuir la suma que ha recibido de sus padres, que compre el traje menos rico; y destine una buena parte del dinero al fichú-gola, mangas, echarpe y demás accesorios que deben acompañarle.

L. O.—Cuando la canicie es accidental, y no por efecto de los años, lo mejor es afeitar la parte cana, y servirse durante algún tiempo de la pomada al tanino, al rom ó á la quinquina.

Una suscritora.—El fondo del almohadon puede ser igual al de la sillería ó distinto, y sus dimensiones las que V. desee. Por lo general tres cuartas en cuadro.

La desposada.—Salon tapizado de raso azul de cielo y terciopelo negro. Los muebles son de madera con el respaldo recto, capitoné de raso azul de cielo y terciopelo negro, con pasamanería y fleco de seda azul y negra. Cortinas de raso azul, guarnecidas con tiras de terciopelo y fleco azul y negro; galerías Luis XVI, que ostentan un ancho medallón en el centro.

Estas cortinas van forradas de muleton cubierto de raso blanco. Los portiers iguales. Cortinillas de muselina blanca bordada.

Mesa estilo Luis XVI, de madera rosa amaranto y cobre dorado, y la chimenea adornada del mismo modo.

Rosa.—Los guantes se llevan cada vez más largos; apénas se estilan ya los de un solo botón. Adopte V. un color que sea de su agrado, y lleve V. siempre el mismo. Este es el modo de que no se note si los estrena V. muy amenudo.

La primavera.—No olvide V. que Víctor Hugo ha dicho: *niño, guarda tu alegría; lirio, conserva tu blancura*; no quiera V. anticipar el estío, no sea que llegue demasiado pronto el invierno. Las niñas no deben llevar ni joyas, ni encajes ni bordados.

Soluciones á la charada *Micaela*, inserta en el número 36 del CORREO, correspondiente al 26 de Setiembre, por la señorita Doña Ana Rius, de Cortes; Doña Adela Gutierrez, de Sevilla; Doña Matilde Aymeres, de Granada; Doña Dolores Allen, de Barcelona, y D. Juan Brunguisse y Vides, de Tarifa.

**

Soluciones á la charada inserta en el núm. 38 del CORREO, correspondiente al 10 de Octubre, por Doña Ignacia Trabado, de Villafila; Doña Luisa Perez Duro, de Badajoz; Doña Adelaida Trillo, Doña Gertrudis Perez Bueno, y Doña Clara Menendez, de Madrid; Doña Rosa Jimenez, de Salvatierra; Doña Eulalia Santos, de Badajoz; Doña Cándida Ameno, de Sevilla, y D. Lucio Vicente, de Barbastro.

ANACORETA.

CHARADA.

Por llamar dos y primera,
á mi novia prima y cuarta,
no quiso ser terciá y prima
ni perdonar esta falta.
Y francamente, aturdido
de verla así incomodada,
cuasi pensé á... cuarta y quinta,
ir de Valencia á la Habana;
más te confieso lectora,
que segunda me faltaba
para emprender esta empresa
tan atroz y estafalaria.
Entonces, en vista de esto,
la pedí me perdonara;
mas cuanto más la decia,
más su furor se exaltaba,
y más y más confundia
mi razon algo estraviada.
Por fin, tanto supliqué,
que accediendo á mi demanda,
me dijo:—Si usted no fuese
tan el todo, lo apreciara,
mas tenga entendido, amigo,
que hombres de sombra tan mala,
ni los quise, ni los quiero,
ni los querré nunca nada.

R. PALANCA Y LITA.

ANUNCIOS.

En Barcelona, calle del Carmen, núm. 37, cuarto 3.º, Administracion del CORREO DE LA MODA, se admiten encargos para confeccionar toda clase de ropa blanca.

Recomendamos eficazmente este establecimiento á nuestras suscriptoras, seguras de que quedarán altamente satisfechas por el esmero, exactitud y economía con que serán servidas.

UNA HIJA DEL SIGLO,

novela original

POR MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Se vende en esta administracion, al precio de 4 rs., y se remite á provincias, franco de porte, á los que envien 12 sellos de 10 céntimos de peseta.

OBRAS DE DOÑA ANGELA GRASSI,

QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION.

Los que no siembran no cogen, novela de costumbres, que forma un elegante tomo, 6 rs.

Las riquezas del alma, dos tomos, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias.

Para las señoras suscriptoras á EL CORREO DE LA MODA, 8 en Madrid y 10 en provincias.

Coleccion de poesías, un tomo 10 rs., y 5 para las señoras suscriptoras á EL CORREO DE LA MODA.

En la tipografía de G. Estrada, calle del Dr. Fourquet (antes Yedra), número 7, se siguen haciendo con la perfeccion y economía que tiene acreditado, toda clase de impresiones de lujo y económicas, y cuantos trabajos tipográficos se le encomienden, por complicados que sean.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Se vende al precio de 6 rs. en esta Administracion, remitiéndose á provincias franca de porte.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edicion recibirán con este número el Figurin iluminado.

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet (antes Yedra), 7.